

# soliloquio de una coreógrafa

ANNA LEONTIEVA

En estos tiempos me siento un tanto desconcertada por el rumbo de los acontecimientos danzarios en el extranjero. Europa Occidental y Estados Unidos, sobre todo; y en alguna otra parte. Es difícil que alguien de formación tan cosmopolita como la que me tocó en suerte se torne provinciana de pronto. Pero, sin embargo, al revisar revistas belgas, británicas o norteamericanas, digamos, pienso en si me estará pasando eso. Porque tengo que confesar que a veces, no entiendo; y otras veces —hágaseme el coraje para confesarlo— me escandalizo. Estudié pintura alguna vez y hube de dibujar desnudos. El desnudo no me asusta. Me parece algo muy bello el cuerpo humano. Pero, ballet en cueros vivos... Ballet, tal y como cuando se está bajo la ducha. La verdad, la verdad... Sólo lo he visto en fotografías —en estática, claro— pero, por supuesto, me lo imagino muy bien en dinámica. Y, bueno... pues me escandalizo. Me pregunto, además, ya en términos estéticos, si eso supera la infinita nobleza, la pureza de líneas que proporcionan las mallas; y no lo creo.

El desconcierto sube de punto cuando, por añadidura, la cuestión se presenta como realizaciones revolucionarias. Dejando a un lado, lo que me parece que ni siquiera vale la pena discutir, que se quiera dar al término una dimensión política e ideológica, reduciendo el "revolucionarismo" al hacer escénico formal, me digo que quienes piensan de ese modo, piensan, verdaderamente, que "la calentura está en la ropa". Pensar así, lo mismo en ballet que en cualquier otro terreno, es un pensar muy poco profundo. Si el ballet tiene que renovarse debe renovarse, ¿podemos creer que el

eje del problema resida en el vestuario? Nadie ignora, por supuesto, que la evolución del ballet, de Noverre a nuestros días, ha implicado evolución de vestuario; pero no creo que nadie estime que el ballet se modificó estilísticamente por eso sino que el fenómeno tuvo lugar a la inversa. Tal y como, cada asunto en sus términos, toda la humanidad ha modificado su manera de vestir, según las evoluciones sociales han ido teniendo lugar. Esas evoluciones sociales ahora están siendo, en casi todas partes, revoluciones o prólogos de revoluciones. Pero no me parece que conduzcan, no ya al desnudo, sino ni siquiera al taparrabos. Ni me parece que las modificaciones de espíritu expresivo que el ballet de esta época merece, y que esta época le sugiere, lleven a ese camino.

Tampoco me parece que induzcan a la metafísica, a la mística ni al desate del "yoísmo", a la ultrasubjetividad o al abstraccionismo que roza con el enigma. ¿Por qué, pues, se están dando tanto estos fenómenos? Cuando lo confronto no lo entiendo. Y lo entiendo muchísimo menos cuando se barniza de renovación revolucionante. Para ser del todo franca: me sucedió eso, por ejemplo, con lo que presentó Maurice Béjart en La Habana sobre el famosísimo poema de San Juan de la Cruz. No comprendí la razón del montaje, a estas horas, de la más hermosa muestra de la lírica mística de la España de hace siglos; pero me expliqué menos, la manera de hacerlo. ¿Juan de la Cruz ululando como perro? ¿Aullidos y arrebatos de histeria? Si mal no recuerdo, más o menos por la época de Santa Teresa y San Juan, florecía también en su tierra una llamada secta de los "alumbrados",

que sí se comportaba de esa manera. Pero eso no era la mística; y si nos da por recordarla ahora, ¿por qué tratarla como lo que no fue? Y conste, que la compañía de Béjart me gustó mucho y concedo a este director un gran talento.

Toda esa reflexión viene porque, en fin de cuentas, me pregunto qué hacer. ¿Es cuestión de renunciar a lo humano más profundo —que no es ni el sexo, ni la exacerbación subjetivista, ni el "arte por el arte"— en honor a supuestos razonamientos del ballet? ¿Es cuestión de renunciar a eso, que puede ir desde la comicidad hasta lo trágico, "pour epater"? ¿"Epatar" a quién, a estas horas?

Ni la bohemia, ni el dandismo que los románticos decimonónicos utilizaban para poner los ojos cuadrados a los buenos burgueses de sus días, harían hoy a esos señores el menor efecto; y la prueba es que ni los pelos largos o cortos ni ropajes extravagantes, inquietan a nadie. Los países capitalistas no manifiestan por ello la menor preocupación.

¿"Epatar" a quién, entonces? ¿A los ciudadanos de los países socialistas? Al llegar aquí, debo decir que llego al nudo de lo que me desconcierta, de lo que no comprendo y de lo que me hace pensar. ¿"Epatar" o tratar de contagiar? Y, cualquiera de las dos cosas ¿con qué objeto?

El asunto no sería tan serio si el público no fuese tan influenciado como es. Pero, como sí lo es, lo que está pasando en el ambiente internacional de la danza, es como para preocupar a quienes trabajamos y vivimos en un país como Cuba y en un ballet como el Ballet Nacional de Cuba, que ni quiere ni debe apartarse de los caminos que hasta hoy ha seguido.

---

*Anna Leontieva: cubana de origen ruso. Como coreógrafa es autora de El aura blanca, Le Journal, Exorcismo, Juana en Rouen, Mascarada y otras obras. En la actualidad es integrante del Ballet Nacional de Cuba.*